

encuentran visitas escolares, trabajos de campo para universidades, charlas a instituciones interesadas y un equipamiento que contribuye al logro de sus objetivos: un sendero denominado “La Casa de los Animales”, equipamiento desarrollado después de un interesante trabajo realizado con representantes de comunidades vecinas, trabajadores de la agropecuaria, maestros, voluntarios y los mismos propietarios.

Luego de un proceso de capacitación para el diseño del mismo, “La Casa de los Animales” complementa el mensaje entregado a los visitantes por los guías en el recorrido previo que realizan por las mangas de vuelo, santuarios y refugios que resguardan a los animales que se encuentran en proceso de rehabilitación para su liberación. El sendero se ubica en un bosque de galería justo al lado de las instalaciones de ARFA, oportunidad que fue aprovechada para explicar al usuario algunas formas de vida dentro del bosque que sirven como refugio o vivienda a muchos animales silvestres y resaltar que jesa es su verdadera casa! No las jaulas en las que nos acostumbraron a verlos.

El recorrido es corto, no más de 400 m de longitud en un zigzagante camino dentro del bosque en el cual podemos escuchar monos y aves silvestres que le dan sentido y fuerza al mensaje (no son efectos, es natural), seis estaciones y un puente sobre un caño deja fascinados a los niños y niñas que lo recorren todas las semanas, y aunque está dirigido a todo público, es utilizado básicamente por escolares que son los visitantes más frecuentes; son muy activos ¡y preguntan de todo! Al mismo tiempo que observan al guía haciendo uso de materiales de apoyo, como huellas de los animales más difíciles de ver, plumas de aves, semillas, etc.

Al finalizar el recorrido realizan otras actividades, como manualidades, dibujos y juegos, todo enfocado a resaltar el mensaje de libertad y respeto hacia la fauna silvestre y ¿qué mejor experiencia que haber visitado “La Casa de Los Animales”?

A pesar de que “La Casa de Los Animales” es un bosque, en otro estado, más al oeste de Venezuela, se resaltan los elementos que conforman un Bosque Seco Tropical, con la intención de que sus visitantes conozcan a fondo la importancia de esos elementos, sus relaciones y lo que ahí sucede.

Ganadería Pedernales, que cuenta con una superficie de 3.850 Ha., ubicada en el estado Portuguesa, dedicada a la ganadería, se abre ahora al turismo con instalaciones y actividades diseñadas para tal fin, entre ellas el recorrido denominado: “Un Bosque de Cadenas”. Este sendero fue diseñado por los

propietarios, trabajadores y vecinos de diferentes comunidades luego de un proceso de capacitación al que denominamos: “La Interpretación y el diseño de actividades dirigidas al desarrollo sostenible del turismo”.

Es súper interesante e impresionante cómo con la participación conjunta de los actores que ya mencioné se puede avanzar a pasos agigantados debido al conocimiento que los mismos poseen de su entorno y recursos existentes.

La interpretación fue el embudo que recogió toda esa información (en ambos casos), para vaciarla luego como guiones empleados por los baquianos para ilustrar los elementos más relevantes dentro del recorrido,

y entender las “cadenas” o relaciones entre todos y cada uno de los componentes del Bosque Seco Tropical, hasta resaltar su importancia para la valoración de quienes lo visitan. Y es que de eso se trata: los visitantes *conocen*, después *valoran* para poder *conservar*, y ese camino es el que plantea la Interpretación a través de gratas experiencias y la interacción posible con los recursos.

El sendero se encuentra separado de las instalaciones principales aproximadamente por 3 Km de carretera de tierra, y para hacer más atractivo y ameno el traslado, los propietarios resolvieron emplear una carreta y mulas para llevar hacia el sendero hasta ocho visitantes, capacidad calculada para el efectivo desempeño por parte del guía y grupo.

“Un Bosque de Cadenas” puede ser recorrido en aproximadamente una hora, dependiendo de la dinámica del grupo. Su longitud no llega a 450 m dentro del bosque, cuya estructura se diferencia del Bosque de galería de “La Casa de Los Animales”, y consideran en cada estación o parada recursos diferentes para explicar procesos que, según las evaluaciones, son catalogados como “muy interesantes” por los grupos de usuarios voluntarios para evaluar.

Haciendo referencia a las evaluaciones de ambos recorridos, los visitantes encuentran el tiempo, paradas, tema y recursos apropiados para grupos familiares y escolares; el desempeño de los guías, uso de técnicas interpretativas, estrategias de participación, material de apoyo, las actividades complementarias y de cierre, les parecieron excelentes. Al conversar con los grupos, contaban sus experiencias con mucho entusiasmo, razón que nos llevó a concluir que su experiencia fue satisfactoria.

En “La Casa de Los Animales” y “Un Bosque de Cadenas” se intervino lo menos posible el bosque al hacer uso de

camineras existentes (hubo que aclarar el monte e identificar las paradas).

Con estos ejemplos, además de otras experiencias en áreas naturales y comunidades rurales, es posible referir el valor que tiene la Interpretación para el rescate de la fauna y la conservación de los bosques en Venezuela.

Los museos, museos son

Carlos Fernández Balboa
Museólogo, Argentina
educa@vidasilvestre.org.ar

He leído atentamente los sustanciosos artículos de Antonio Espinosa Ruiz en referencia a los Museos y su rol en el siglo XXI. Esperé con impaciencia el *Boletín* N° 10 para leer la segunda parte, y me gustaría aclarar algunos aspectos. Bueno, se trata de, en beneficio de la diversidad —de ideas y de todo—, de tirar la piedra simplemente para ver como las ondas se expanden en el agua... o no.

En principio debo decir que, como museólogo titulado, no me da lo mismo un centro de visitantes, un parque temático, o un museo. A riesgo de pecar de antiguo (compréndanme, soy museólogo), de rígido, u ortodoxo, creo que los museos tienen una estructura y una misión que los define, los condiciona. No cualquier tipo de espacio o institución, merece este nombre que jerarquiza y —hasta ahora—brinda un manto de prestigio a todo lo que envuelve. ¿Quién sabe hoy en día qué es un Museo? comienza preguntando en su artículo Espinosa Ruiz, y hace ya muchos años, en 1977, el ICOM (International Council for Museum), organismo de la UNESCO, estableció que un museo, para ser considerado como tal, debería cumplir con la siguiente definición:

“El museo es una institución permanente, sin fines de lucro, al servicio de la sociedad y su desarrollo, que preserva los bienes materiales del hombre y su entorno; los adquiere, conserva y comunica, con el objetivo de educación, disfrute y deleite”.

Ahora bien, esta completa y –para mí– excelente definición, nos permite establecer claramente **qué es y qué no es** un museo. Este es el objetivo de las definiciones. En principio **tiene que conservar bienes**, objetos que serán su patrimonio y la base de su razón de ser. Algunos especialistas puntualizan que entre el 60 y el 80 % de los objetos **deben ser originales**, pudiendo el resto ser maquetas, calcos, réplicas, etc. En esto difiere de los centros de visitantes (o de interpretación), que no necesariamente deben tener bienes originales. He ahí la primera y –no menor– diferencia. Otras están dadas por el punto de realizar investigación, que en el museo es excluyente, a diferencia de otras instituciones (los parques temáticos y ecomuseos no la hacen). Otro punto esta dado por su característica de “permanente”. Esto excluye inmediatamente a todas las exposiciones temporales e itinerantes (incluyendo las de Internet, que pueden levantarse fácilmente).

Como vemos, no hay pocas características. Sólo que las ignoramos o menospreciamos. Les propongo un ejercicio que siempre realizamos en talleres y clases, y es el de aplicar la definición de museo a otro tipo de instituciones que se encargan de la conservación del patrimonio, ya sean zoológicos, parques nacionales, botánicos, monumentos o sitios históricos. Vale la aclaración que ninguno de estos organismos tiene **una definición formal y consensuada**, pero verán que la del museo es adecuada a todos ellos.

Si bien un zoológico cumple las características de Museo, formalmente no lo es. Y en muchos aspectos, por ejemplo, cuando no hace investigación, es erróneo considerarlo como tal. Ahora bien ¿cuántos zoológicos conocen que hagan investigación en serio? El sentido de la definición no es cerrarnos en tipologías o encasillarnos en nombres, sino establecer claramente **cuál es la misión** de estas instituciones que, incluso, muchos funcionarios que trabajan en ellas, y la mayor parte del público, ignora.

Pero hay un aspecto importante: a pesar de estar viviendo en la postmodernidad, el museo para ser tal, sigue dependiendo de los objetos. Existen (al menos en Argentina, y en Latinoamérica) muchos sitios que se llaman a sí mismos “museo”, y están más cerca de ser un “gabinete de curiosidades”, un “studiolo” del siglo XVII o un “juntadero de porquerías”, justamente porque no cumplen con el objetivo de conservación. Allí se practica el fetichismo en su máxima expresión. El museo verdadero tiene los objetos en contexto en su exposición o en un estudio minucioso y detallado en su depósito. El

objeto tiene un sentido en tanto como testimonio material concreto que representa –en lo posible– a parte importante de una determinada sociedad.

Las cosas por su nombre

Quienes trabajamos vinculados a los museos, deberíamos custodiar su prestigio. ¿Por qué no defender las definiciones? ¿Por qué es más fácil aceptar lo que el público, muchas veces por ignorancia, comodidad o desinterés, unifica y nivela, generalmente hacia abajo? La verdad que estoy cansado de ver el cartel de “Museo” frente a instituciones que no lo son, ya que no conservan, no comunican, ni generan “disfrute” y “deleite”. Para hacer una analogía, creo que también los ecólogos (aquellos que han completado una formación universitaria siguiendo los principios de Haeckel) deben defender lo que significa “ecología”, que es una **ciencia**, independientemente de que la mayor parte de la sociedad relacione a esta palabra con varias otras cosas, como comer sanamente o tener actitudes amigables con el ambiente. Que pocos sepan lo que es la ecología, no implica que aceptemos cualquier definición disparatada –aunque sea popular– del término. Lo mismo debería suceder con el Museo. Y ni que hablar de la interpretación, que ya advertimos muchas veces, nadie sabe lo que significa.

Un artículo periodístico muy bien escrito, una charla informal o un centro de visitantes no es “interpretativo” en tanto y en cuanto no cumpla con determinados principios básicos que sería redundante puntualizar aquí,

y que han dado origen al último debate del “movido” *Boletín* 10 de la AIP.

Por otro lado, celebro la existencia de la variedad de formas en que podemos preservar y comunicar nuestro patrimonio, y la enorme diversidad de instituciones que nos señala Espinosa en su artículo (los parques culturales, los parques arqueológicos, los museos al aire libre, “ecomuseos”, parques temáticos, los museos virtuales –¡puaj!, por el nombre–, etc.). Pero eso no implica cambiarle la misión y objetivos al museo tradicional, que aún, y a pesar de su historia, no ha sido lo suficientemente aprovechado por la sociedad. Por ejemplo, un libro sigue siendo tal: un soporte de información que, como dice Umberto Eco, difiere de Internet, de los hipertextos, de los CDs, y de otros soportes. El libro –por ahora– sigue siendo la forma más cómoda para leer en la cama. Y sigue siendo **un objeto** apreciado por muchos, al punto que es uno de lo pocos cuyo “museo” ha merecido nombre propio: “Biblioteca”. Nombre que a nadie se le ha ocurrido cambiar, o confundir a pesar de que los

ordenadores han modificado bastante el hábito de asistir a ellas. ¿Por qué deberíamos tomarnos esa libertad con sus primos hermanos, los museos? Si los especialistas unificamos todas las instituciones bajo el término “museo” (acción que sería un error, a mi juicio), estamos destruyendo la diversidad de funciones. Por otro lado, si no aclaramos al público las diferencias que hay entre distintas instituciones de conservación, ¿en manos de quién quedará esa tarea? Y es que una clasificación errónea, desjerarquiza, mezcla y confunde las funciones y el sentido de las instituciones.

Esto les daría campo libre a los abundantes oportunistas que se lucran, sin ningún beneficio para la conservación del patrimonio, aprovechando nuestra indiferencia y la ignorancia del público: Son aquellos que juntan cuatro piedras y arman un “museo”, o meten a cinco leones en una jaula de 2 x 2 metros y llaman a eso zoológico, o contratan a un par de diseñadores gráficos para poner cuatro fotos en un galpón denominándolo pomposamente “centro de interpretación”.

Es una función pedagógica que nos compete (a veces ímproba, es cierto) comunicarle al público que un zoológico o un museo tienen que cumplir determinada misión hacia la sociedad para ser considerado como tal. Lo otro es una estafa, muchas veces contraria a la conservación del patrimonio,

que es nuestro objetivo final. El público tiene que comenzar a adquirir sentido crítico y es nuestra misión generarlo. Muchos autores del *Boletín* se han ocupado de esta inquietud: mi compatriota Víctor Fratto, Jorge Morales, etc. El hábito no hace al monje y la muestra o exposición no siempre jerarquiza el espacio. No es lo mismo una muestra montada en El Corte Inglés, que en El Prado, por muy interpretativa e interesante que sea la primera. ¿Por qué no hacer que El Prado sea interpretativo? ¿es muy difícil? ¿eh? Posiblemente mucha gente vaya y admire más la muestra del centro de compras. No importa, yo optaré siempre por el Museo, para que éste logre adquirir el sentido de “servicio de la sociedad” que indica su definición. Creo que ése es el auténtico desafío.

¿A qué museo nos dirigimos?

Sumando al exhaustivo listado tipológico de Espinosa Ruiz, me atrevo a clasificar tres tipos de Museos basándome en su museografía o montaje: *El museo que se centra en el objeto*: Difícilmente podamos competir, por muy hábiles que seamos en nuestro montaje, con la

magnificencia de un cuadro de Velázquez, o con La Gioconda. La atracción del público está centrada en el objeto por sí mismo. Y está muy bien que así sea. La preocupación de estos museos debería ser que la exposición sea lo más abierta a la sociedad, en sus distintas estrategias de comunicación, y garantizar su accesibilidad económica. *El museo que se centra en el montaje y la tecnología*: Son los museos norteamericanos como prototipo; o el museo de Ciencias Naturales de Londres, donde lo clásico se combina con la tecnología a partir de montajes novedosos: el computador frente al Dodo taxidermizado.

El tercer tipo de museo nace en México, hacia 1960, y creo que es el más efectivo para la idiosincrasia latinoamericana. Se trata de un museo generado a partir de un guión temático poderoso, creado en conjunto por los técnicos y la sociedad.

La historia que se cuenta es lo impactante. Ni los objetos, ni la tecnología: la vivencia. Este museo es el que está más cerca de ser “interpretativo”. El paradigma podría ser el del Museo Antropológico de México, donde los museógrafos (responsables del montaje) incluyeron a comunidades nativas para que estas mismas desarrollaran el guión. No es sencillo realizar esto.

Se requiere nobleza, humildad, aptitud para el trabajo en equipo y otra serie de calificativos que generalmente no aparecen como temas en las universidades que dictan museología.

Pero los mexicanos lo han hecho. Otros latinoamericanos estamos empezando a comprender que no contamos con objetos impresionantes comparándonos con Europa, ni tampoco con los dólares de Estados Unidos para instalar setecientos proyectores, a los que –algún día– se les quemarán las lámparas... Y después ¡a llamar al Chapulín!, porque “¿quién podrá ayudarnos?” Pregúntenle a Sam Ham, que él conoce –y lamenta como nosotros– los llenos de visitantes de Centroamérica, llenos de proyectores rotos y vacíos de gente...

Lo que sí tenemos es una historia poderosa, emocionante y rica que contar. Y los objetos –algunos muy importantes, otros menos– que la testimonian. El desafío para los museos latinoamericanos es montar exposiciones significativas, amenas, pertinentes, organizadas, con tópico y tema, emotivas y efectivas en su comunicación (estas características ¿les suenan?). Para finalizar, y más allá de los nombres, si no adaptamos las instituciones de conservación a las necesidades de la gente, quienes trabajamos en estos temas terminaremos

siendo tan obsoletos como la idea –bastante errónea– que tiene el imaginario colectivo de la organización que mejor preserva su patrimonio: el Museo.

Comentario a la réplica de Fernández Balboa

Antonio Espinosa Ruiz
museo@villajoyosa.com

He leído, con permiso del autor y gracias a la amabilidad de los Editores, el comentario de Fernández Balboa a mis artículos de los *Boletines* 9 y 10. He querido incluir una pequeña réplica en este mismo *Boletín*, para abonar y dar frescura a la discusión. En primer lugar, me felicito por el propio debate, y agradezco al autor sus líneas, que –dicho sea de paso– me parecen de una gran lucidez.

Yo también soy museólogo; por suerte o desdicha para mis alumnos, cada año los *doctorandos* han de soportarme una asignatura sobre nuevas tendencias. Mi conclusión es siempre la misma: no podemos dejar de reconocer que la nuestra es una ciencia en “crisis” (no en decadencia, sino en el sentido de cambio profundo), una disciplina que se esfuerza por consolidarse académica y laboralmente, mientras ve cómo su objeto de estudio se renueva, cambia y se transforma cada día. En este contexto,

mi consejo a final de curso es siempre –como digo en mi artículo– defender el término museo; creo que hay que revalorizarlo, afianzar su calidad, añadirle interpretación, superar el fetichismo que lo atenaza.

Porque si por una parte parece un vocablo de prestigio, por otra produce rechazo, parece sinónimo de aburrimiento.

De acuerdo contigo, Carlos, en que para ser museo hay que cumplir las tres funciones: conservar, investigar y divulgar. Pero veamos a nuestro alrededor: la realidad es que hoy muchos museos nuevos no conservan bienes, o tienen colecciones permanentes nulas o exiguas (casi diría yo que de compromiso, “para que no se diga”); primero crean la institución y el edificio y luego ya veremos si (o con qué) se llena. Muchas de estas instituciones conservan, sí, pero

temporalmente: son supersalas de exposiciones (por ejemplo, el Museo de la Universidad de Alicante) que han adoptado la palabra museo, bien por el prestigio o –y ahí es donde voy yo– porque la museología actual se lo permite. Me pregunto... ¿eso es malo?

Creo que no hay que restarle mérito al modelo ecomuseo: los ecomuseos sí investigan, o al menos para montarse requieren una fuerte dosis de investigación, sin la cual no se pueden realizar, porque carecerían de información. Y la realidad es que generan investigación después de su nacimiento, aunque no tengan una estructura científica tradicional.

Los parques temáticos, sí, dejémoslos aparte: desde luego no son museos. Ya veremos hacia dónde van y qué pasa en el futuro, pero tal como son ahora más bien suelen constituir antimuseos, en los que se pasa bien, pero que desvirtúan los conocimientos más básicos. Por poner un ejemplo que tengo a 7 Km: en el parque de Terra Mítica de la Paramount, en teoría dedicado a las culturas antiguas del Mediterráneo, hay una estructura de cartón piedra que se llama “*Circus Maximus*”, que no tiene forma de circo sino de teatro romano, y en el que se realizan simulacros de combates de gladiadores (¡que no se hacían en los circos ni en los teatros sino en los anfiteatros!).

La verdad es que la última definición del ICOM incluye a zoológicos e instituciones por el estilo. Es discutible, pero es lo que hay.

Por eso digo que estamos en una época de cambios, de incertidumbres. Y tampoco faltan museos grandes, dinosaurios consagrados, que son un santuario del fetichismo. En España sobran todavía ejemplos (afortunadamente, cada vez menos).

Yo también estoy perplejo por la velocidad a que va este tren y las vías que se abren a todos lados, y creo que el norte ha de ser la triple función que ambos hemos comentado. Pero hay formas distintas de conservar (permanentes, temporales), investigar (científicos en plantilla, convocatorias de becas, creación de revistas y otras publicaciones, investigación previa a la realización del producto museístico, etc.) y, por supuesto, divulgar (siempre que la divulgación sea rigurosa, actualizada e interpretativa, lo demás: amén).

Claro que se puede meter interpretación al Prado: otros museos de arte ya lo hacen, sin que se pierda la contemplación estética. No se trata de

* El entrecomillado es de los Editores.